

EL COMPLEJO DE EDIPO EN ANTROPOLOGÍA

El Psicoanálisis ha influido en el estudio antropológico: el señalamiento de la influencia de la infancia en el desarrollo de la personalidad, así como los conceptos de inconsciente, contenido latente, el análisis de los sueños, el estudio de los símbolos, abrieron posibilidades nuevas de comprensión de los mitos, de las leyendas, de la conducta de los pueblos primitivos. El mismo Freud implícitamente señala la relación entre todos esos aspectos del pensamiento y la actividad humana al denominar “complejo de Edipo” la situación afectiva nuclear descubierta por él en el psiquismo humano.

Abrió un camino explicativo de las reacciones de los pueblos primitivos y no solamente descriptivo, como hasta entonces.

En 1913 con la publicación de “Totem y Tabú” (1) Freud inicia la comprensión psicoanalítica del material antropológico. Las fuentes que usó fueron las descripciones de Frazer, Fison, Wundt, etc. Redujo a común denominador las reacciones que estudiaba en la consulta diaria con sus pacientes, señalando las relaciones entre el contenido latente de las manifestaciones de los neuróticos y las observaciones de los antropólogos de entonces. La analogía entre los neuróticos y los primitivos, lo llevó a postular la universalidad del Complejo de Edipo, no sólo como situación central en los individuos, sino también en las sociedades y en las diversas culturas, considerando que precisamente en los primitivos contemporáneos podía observarse en forma las conciente y evidente, bajo forma de leyendas, tabús y ritos aquello que solamente aparece en formas regresivas en la mentalidad del hombre civilizado. Implícitamente postuló una concepción filogenética de la represión, así como también un criterio de universalidad respecto a la “condición humana” en general.

Consideró que la competencia entre el padre y sus hijos varones, había existido desde siempre y que la “urfamilie”, la pro-tofamilia, era una organización en la que el más viejo ejercía por la fuerza su dominio que poseía además a todas las mujeres de la horda, sin oposición y en modo absoluto. Postula que en tiempos primitivos la familia humana vivió con una organización que Atkinson (1903) llamó “ciclópea”. El adulto fuerte se mantendría hasta que los hijos crecidos se combinaran para matarlo, comiéndose su cuerpo (fiesta canibalística) para adquirir su poder y su fuerza. Con las mujeres, ahora a su disposición, cumplirían un pacto para no revelar el hecho que se convierte así en secreto. El alimento canibalístico sería sustituido por un animal (Totem) sagrado por su significado, que no se podría comer y frente al cual se evidenciaría la ambivalencia observada como fenómeno individual. El Totem es amado y sagrado, pero tabú y evitado. El parentesco sanguíneo es sustituido por el parentesco totémico. Los hijos adoptan para sí, las prohibiciones del padre: casarse con la madre y matarse entre ellos. El parentesco totémico tiene un contenido de prohibición al incesto y de exogamia.

Los estudios de Freud en este sentido abrieron un nuevo panorama; la interpretación psicoanalítica de los mitos (Abraham), de la Biblia (Reik), etc.

El primer antropólogo que además fue psicoanalizado y tiene experiencia analítica, es Geza Roheim que pudo reunir así contacto directo con sus propios contenidos inconcientes, los de sus pacientes y el de los pueblos primitivos con los que convivió (Somalilandia, Australia Central, los indios Yuma de Arizona y la isla de Normanby). La obra de Roheim (2), (3), (4), (5), expandida en libros y múltiples artículos ratifica algunos de los conceptos de Freud como también de M. Klein. Señala que la hipótesis de Freud respecto a la horda primitiva se ratificaría, por ej. en la descrita por Zuckermann, la horda de los babuinos (6) donde se producen luchas intensas por la conquista del poder cuando el macho más fuerte comienza a

debilitarse. Junto a las luchas verdaderas, se realizan otras simuladas, cosa que ocurre cuando algún animal adopta una actitud amenazadora, abriendo la boca mostrando los dientes. La horda adopta una actitud de lucha, retrocede ante cualquier avance del animal, pero logra que la simulación de lucha sea perfecta. Esta situación es interpretada como repetición del drama original, desplazado al animal - tótem. También los simulacros de batalla en los ritos de Australia Central, “pueden ser una supervivencia de verdaderas batallas que tuvieron lugar en las hordas primitivas, y pueden haberse transmitido de una generación a otra, en forma tradicional, por imitación, antes de que el lenguaje humano se haya desarrollado”. El mito “sería la forma narrativa del drama ancestral y no una realidad desagradable” al mismo tiempo que el dramatismo de la situación tendría “un valor funcional: la sublimación socializada del complejo de Edipo en su faz ontogénica”. Otra concepción del mito sería que constituyera la narración de uno de los acontecimientos de la prehistoria humana: “Conocemos en la actualidad ejemplos de incesto entre los reyes primitivos, los cuales son muertos ritualmente, al finalizar un determinado período de reinado. Así, por ejemplo, ningún rey de la tribu de los Bajá puede vivir más de, catorce años, muriendo luego en manos de su propio hijo y sucesor”.

Roheim no acepta la teoría de un inconciente racial que fuera el vehículo hereditario del tabú al incesto, como elemento básico de toda la conflictiva del hombre. Dice que “en cambio intento fundamentar nuestra comprensión de la naturaleza humana en la infancia demorada del hombre”. (7)

Considera evidente que los conflictos y defensas típicos de la infancia, especialmente los descritos por Klein, están estrechamente unidos a la evolución de la cultura humana. Observa que los vínculos entre la madre y el hijo duran más que en cualquier otra especie, como también que el impulso sexual es de aparición relativamente precoz, exigiéndose la adopción de defensas contra “la inundación de la libido”. Concluye que “parece ser que

nuestro desarrollo cerebral (Briffault) y la capacidad de tolerar la incertidumbre (el principio de realidad) puede explicarse como la consecuencia de la inmadurez relativa del niño (Bally). La diferencia entre consciente e inconsciente, los mecanismos de proyección e introyección se deben a la incapacidad, del niño de soportar por sí mismo los impulsos, y a la dependencia de la madre como fuente de su seguridad (Klein y Riviere). La neurosis misma es una forma de infantilismo (Freud) y, en cierto sentido, una exageración de las características esenciales del desarrollo humano (Freud)".

El concepto básico es que la naturaleza humana es el producto de una "situación infantil específica".

Para Roheim el Complejo de Edipo así como las fases pre-edípicas son el punto de partida de todas las soluciones culturales, que al final no son sino "tentativas más o menos logradas de proteger a la humanidad contra el peligro de la privación de objetos; el esfuerzo colosal realizado por el niño que teme ser dejado solo en la oscuridad". (5).

El Complejo de Edipo es el drama universal; los grupos humanos se diferencian en las soluciones, es lo que Roheim califica de "traumas ontogénicos subyacentes a las variaciones culturales originales". El origen de las mismas estaría en la costumbre iniciada por un individuo dentro de un grupo pequeño que luego la adopta como costumbre general. Las diferencias entre las diversas culturas serían así un fenómeno psicológicamente explicable, incluso toda influencia de orden aparentemente social y establecido no sería sino "una interacción con otros seres humanos y, que por consiguiente, es determinada por la situación infantil (preedípica y eclípica)".

Se opone así a otros antropólogos, por ej. a Kardiner (8,9) quien considera el comportamiento de los padres que influye en el desarrollo de la personalidad está determinado por la cultura del grupo al que pertenezca que

le determina un dado comportamiento. Kardiner considera que el Complejo de Edipo resulta de la ansiedad surgida de la represión y que si los niños fuesen librados desde pequeños a sus tendencias instintivas y a su satisfacción, no existiría. Roheim muestra (10) como en la tribu de los “Baiga” de la India Central, investigados por Elwin, a pesar de la libertad que gozan, se evidencian en el folklore popular y también en los sueños, angustias de castración por sus sentimientos edípicos, relatando la leyenda de “Nanga Baiga”, donde el padre es muerto por una deidad que le había dado fuerza que impide que los hijos se coman el cadáver, de acuerdo a la voluntad del padre, sólo un hijo aspira una bocanada de humo de un trozo del cadáver y se convierte en el primer mago.

Compartiendo en parte la idea de Roheim de correlación entre la cultura y la situación infantil, están las investigaciones de Margaret Mead (11, 12, 13) aunque entra en parte dentro de los antropólogos “culturalistas” que consideran que los caracteres nacionales son tipos básicos que influyen en el desarrollo peculiar de la cultura de cada pueblo.

Malinowski (14) (15), fundador de la escuela funcionalista en Antropología estudia las culturas como unidades integradas para determinados fines y ligadas cada una de sus partes de modo absoluto. Considera que el Psicoanálisis da una nueva perspectiva en la comprensión de las culturas, considerando que como disciplina tiene un triple alcance: psicológico, biológico y sociológico. En el aspecto sociológico asegura que “la doctrina del complejo de Edipo abre evidentes perspectivas sociológicas”. Como también que esencialmente la doctrina analítica en una teoría de la influencia que la vida familiar ejerce sobre el alma humana, pero que el “drama Freudiano transcurre en el seno de una comunidad social de determinado tipo, el estrecho círculo de la familia constituido por el padre, la madre y su descendencia”. “El complejo nuclear de la familia”, resulta de determinado tipo de estructura familiar. Las familias varían en constitución

en las distintas culturas (formas promiscuas de comunismo sexual y económico), la “familia de grupo”, matrimonio de grupo; la familia consanguínea (Panalúa) hasta llegar a FU forma actual de matrimonio monogámico y patri potestas. En los pueblos salvajes actuales existen también variaciones importantes en ese sentido, sea predominantemente matriarcales o patriarcales; matrilineales que se fundan en la ignorancia de la Paternidad y otras patrilineales a pesar de esa ignorancia, algunas mantenidas por motivos económicos o por la distribución del Poder. El problema que se plantea es si el complejo nuclear de la familia se mantiene o no a pesar de las variaciones del tipo familiar, considerando que ese es el problema central de la sociología psicoanalítica, concretamente si el Complejo de Edipo se establece tal como en la sociedad donde originalmente fuera descubierto por Freud o si por lo contrario ese complejo varía según la cultura.

El criterio de Malinowski es que el complejo de Edipo que según Freud regiría también para toda sociedad, salvaje o bárbara, es imposible de mantener, considerando que es un complejo patriarcal que no puede hallarse en una sociedad matrilineal. Concluyendo que aquella concepción es “una generalización hipotética”.

La investigación fue principalmente realizada con los indígenas de las islas de Trobriand (nordeste de Nueva Guinea, Melanesia noroccidental), que son matrilineales, el parentesco se deriva solamente de la madre, incluso la sucesión y la herencia, los hijos pertenecen a la familia, al clan y a la comunidad de la madre; el varón hereda las dignidades y posición social del hermano de la madre. Ignoran además la función del hombre en el embarazo, negándole toda participación fisiológica. El matrimonio existe después de juegos sexuales en la infancia con gran libertad en la adolescencia, conviven en pareja y en relación estable; con excepción de los caciques que son polígamos, el matrimonio es monógamo. Los niños llegan al vientre en

forma de pequeños espíritus atribuidos generalmente a la influencia de algún pariente materno muerto. El marido, debe proteger a los hijos de su mujer, ampararlos, con un carácter de “benévolo y amado amigo”. El parentesco sanguíneo es establecido con el hermano de la madre que es el que ejerce la autoridad sobre los niños, excluyendo por otro lado toda relación amistosa entre los hermanos por existir un severo tabú en ese sentido.

Comparando las dos estructuras familiares, la occidental y la de las islas Trobriand, esquemáticamente, concluye Molinowski: “en el complejo de Edipo reside el deseo reprimido de matar al padre y casarse con la madre, en tanto que a los isleños de las Trobriand, cuya estructura social es matrilineal, los caracteriza la aspiración a casar con la hermana y matar al hermano de la madre”. Las fuerzas represoras en Melanesia obran de dos maneras: por sujeción a la ley matriarcal y por las prohibiciones que derivan de la exogamia. Aquella es sostenida por el influjo del hermano de la madre que actúa apelando a “al honor, el orgullo y la ambición del niño”, desencadenando situaciones de celos y rivalidad entre hermanos, como también ambivalencia respecto al tío venerado por un lado, pero por otro odiado. El otro tabú, es la prohibición del incesto con la hermana, que hace por otro lado que “la idea de la hermana se mantenga siempre presente”, aunque reprimida.

Concluye: que las teorías de Freud no sólo corresponden a la psicología humana en sus rasgos generales, sino que se adaptan estrechamente a las transformaciones que las diferentes formas sociales producen en la naturaleza humana”, pero considera que “renunciando a la afirmación de una validez general del complejo de Edipo, se debe estudiar por separado cada tipo de cultura a objeto de establecer su particular complejo correspondiente”.

Agrega además que las represiones que surgen del “Complejo familiar” de Trobriand, se evidencian en el folklore, como contenido latente el odio al

hermano de la madre, y los deseos incestuosos hacia la hermana, viendo en eso la ratificación de las conclusiones arriba relatadas.

Jones en 1925: “Mother - Right and the sexual Ignorance of Savages”, Int. Jour. of Psychoanalysis VI, Parta II, refuta esta teoría considerando que la sociedad matriarcal surgió como primera forma de organización primitiva cuando el recuerdo del parricidio era aún muy fuerte, así, colocando la autoridad en otra persona que no fuera el padre (sino el tío), se desplazaba el complejo de Edipo. Considera al final que la sociedad patriarcal aparece cuando el recuerdo del parricidio se hizo más soportable y se podía restituir al padre, sin negarlo, ni disociarlo, colocando su autoridad en otro hombre.

Herkovits (16), refiriéndose a la obra de Malinowski, considera que “la significación de esta comprobación no consistió en invalidar un importante elemento en el sistema de Freud. Más bien se llegó a ver cada vez mejor que proporcionaba a ese sistema un alcance que de otro modo no hubiera tenido. Se corroboró el postulado de Freud de que la estructura de la personalidad es dinámica y no fija, que es el resultado de la experiencia ^tal del individuo”.

Hay que destacar un hecho importante, Malinowski no solamente no había sido analizado sino que tampoco tenía experiencia la clínica, usó algunos conceptos básicos de las ideas de Freud y más tarde de Jones, pero quedó en un plano interpretativo esquemático y superficial.

La diferencia entre la posición antropológica de Freud y la de Roheim, está en que éste considera que la infancia demorada del hombre es el punto de partida de toda elaboración cultural por tanto hay un concepto ontogenético en Roheim al que ha llegado por la observación de que existe “cierta correlación entre la situación infantil habitual y las sublimaciones típicas o ideas dominantes de un grupo”. Freud recurrió a una hipótesis filogenética, con evidente influencia de Haeckel, la historia del psiquismo individual repetiría las etapas de la evolución de las culturas, concibió implícitamente la hipótesis de un inconsciente racial.

Considero que el concepto de inconsciente racial no es esclarecedor del problema de las relaciones entre los rasgos de los pueblos primitivos y los conflictos del hombre civilizado, por el contrario pertenece al tipo de ideas que inhiben toda investigación ulterior por su carácter final, de última razón. Al mismo tiempo Freud al describir el aparato psíquico no lo incluye, quedando en los ensayos antropológicos como hipótesis no desarrollada. (En realidad quien la desarrolla dándole alcances vastos es Jung). Por el contrario la hipótesis ontogenética de Roheim aparece tanto más convincente y mucho más dinámica, podemos entender a partir de ella que las diferencias entre diversas culturas se explican por diversos grados de maduración y que cada una de ellas — esquematisando — es la expresión de un rasgo o un momento del proceso de maduración a partir de la situación de desamparo del neonato y de una infancia lenta, características del ser humano. Al mismo tiempo con las aportaciones de Klein y de Winnicott (de la importancia de las relaciones objétales y de los procesos de “realización” y de “individuación”), podemos entender que el concepto de realidad así como las relaciones interpersonales dependan de fantasías básicas originadas en la infancia, y que las instituciones, la estructura familiar, las construcciones ideológicas (Ciencia, Filosofía, Religión), satisfacen, realizan y siempre se ligan a determinadas fantasías no conscientes. El Complejo de Edipo es el núcleo de las relaciones objetales a partir del cual se estructuran elementos básicos de la conducta posterior, las peculiaridades de la relación del niño con sus padres pueden explicar lo descrito como peculiar y distintivo de las culturas. Roheim toma de las investigaciones de M. Mead, la descripción del comportamiento de las madres en Bali para comprender el carácter “esquizofrénico” de esa cultura. Las madres se comportan del modo más frustrador posible, por ejemplo cuando un niño no quiere mamar, la madre le hace cosquillas en los labios con el pezón, distraídamente y cuando el niño se dispone a mamar es abandonado y entregado a otra mujer, llegando hasta a pedir niños prestados

para frustrar mejor al propio. A partir de ese hecho podemos entender las dificultades de convivencia posterior y lo regresivo de esa cultura que, de acuerdo a Roheim “dramatiza el trauma ontogénico”. Huelga destacar la importancia no solamente cultural de las investigaciones antropológicas, sino también clínica, ayudándonos a comprender mecanismos a veces muy sutiles en la práctica diaria, que con aquellas investigaciones podemos captar en forma macroscópica, relativamente aislada, casi se diría como en una situación experimental.

JUAN PEREIRA ANAVITARTE.

(Montevideo)

- 1) FREUD. — “Obras completas”. T. II, P. 419 - 507, Ed. Biblioteca Nueva Madrid, 1948.
- 2) ROHEIM, GEZA. — “Australian totemism”, Londres. Alien and Unwin, 1926.
- 3) ROHEIM. — “Animism, Magie and the divine Ring”, Londres, Kegan Paul, 1930.
- 4) ROHEIM. — “The Riddle of the Sphinx”, International Psychoanalytic Library, 1985.
- 5) ROHEIM. — “The origin and function of culture”, Nervous and Mental Disease Monograph, N° 69.
- 6) ROHEIM, GEZA. — “Interpretación Psicoanalítica de la Cultura”, Revista de Psicoanálisis, Bs. As., T. V, N° I, P. 155.
- ?) ROHEIM, GEZA. — “Psicoanálisis y antropología”. “El psicoanálisis de hoy”; Ed. Paidós, P. 38G, Bs. As., 1952.

- 8) KARDINER. — “El individuo y su sociedad”. Fondo de cultura económica, México, 1955.
- 9) KARDINER, LINTON. DU BOIS, J. WEST. — “Los límites psicológicos de la sociedad”. Fondo de cultura económica. México, 1950.
- 10) ROHEIM, GEZA. — “The Edipus complex and infantile sexuality”; The Psychoanalytic Quarterly; Vol. XV, P. 503 - SOS, 1946.
- 11) MEAD. — “Sexo y Temperamento”, Ed. Abril, Bs. As., 1947.
- 12) MEAD. — “Adolescencia y Cultura en Samoa”, Ed. Abril, Bs. As., 1941.
- 13) MEAD. — “Educación y Cultura”, Ed. Paidós, 1952.
- 14) VIALIXOWSKI. — “Estudios de Psicología Primitiva”, Ed, Paidós, Bs. As., 1949.
- 15) MALINOWSKI. — “La sexualité et sa répression dans les sociétés primitives”, Payot, París, 1932.
- 16) HERKOVITS. — “El hombre y sus obras”, P. 62, Fondo de cultura económica, México, 1952.

RESUMEN DEL COMPLEJO DE EDIPO EN FREUD

El descubrimiento del Complejo de-Edipo constituyó uno de los aportes más fecundos de Freud para la comprensión de la mente humana. La importancia decisiva de este descubrimiento, así como el hecho muy significativo de que lo haya encontrado primeramente en sí mismo, son referidos por Freud en carta a su amigo Wilhelm Fliess del 15 - X - 97 ⁽¹⁾ donde dice: “Sólo una idea de valor general se me ha ocurrido, he encontrado

¹ “Los orígenes del psicoanálisis”. Obras completas. Tomo XXII, p. 261. Santiago Rueda. Buenos Aires.

amor por la madre y celos por el padre también en mi propio caso y ahora creo que sea un fenómeno general de la primera infancia...”

En su labor investigadora posterior encontró numerosas manifestaciones de la existencia del complejo edípico. En los sueños, comprobó la frecuencia de los sueños de incesto o de muerte de! progenitor del mismo sexo del soñante. En el análisis de pacientes neuróticos halló sentimientos de amor por la madre y de odio y rivalidad por el padre si se trataba de una persona del sexo masculino y la situación contraria en caso que fuese una mujer. La observación cotidiana de los niños, recogiendo sus propias manifestaciones y reacciones emocionales, le dio innumerables ejemplos en el mismo sentido, lo que <e permitió afirmar que el Complejo de Edipo no era únicamente patrimonio de la mente patológica. Constituía un nuevo ejemplo de la aproximación del psiquismo normal y patológico, concepto sostenido por Freud en todo el transcurso de su obra.

En la mitología encontró nuevas pruebas de la existencia del Edipo. Es sabido que el nombre de este complejo es tomado de la leyenda del Rey Edipo descrita por Sófocles en una de sus tragedias. Por decisión de los dioses el Rey Edipo cometió, sin saberlo él mismo, un doble crimen, el asesinato de su padre y el casamiento con su madre. Cuando se enteró de lo que había hecho, horrorizado, se arrancó los ojos. En la inexorabilidad de este destino, impuesto por mandato divino, ve Freud una prueba de nuestro propio inevitable destino edípico. Cada uno de nosotros realiza en la fantasía lo que el Rey Edipo cometió en la realidad.

La participación del complejo edípico en la formación de los síntomas neuróticos fue señalada por Freud en sus primeras publicaciones. El análisis de un paciente que tenía representaciones obsesivas que consistían en la idea de matar a las personas con las cuales se cruzaba en la calle lo llevó a la conclusión que el origen de este síntoma estaba en el deseo reprimido de matar al padre.

En “Una teoría sexual”, publicada en 1905, se ocupa de los antecedentes del complejo edípico, considerando la succión del pecho materno como su raíz más primitiva. Posteriormente, con el desarrollo, el amor al pecho se extiende a la madre. A este amor incestuoso se oponen la educación de los padres y la transmisión hereditaria del tabú del incesto. Ayudado por estas fuerzas, el niño lucha por dominar su complejo. Si fracasa, la consecuencia es la neurosis.

La existencia de la sexualidad infantil y del complejo edípico es observada directamente por Freud en el análisis de Juanito, niño de cinco años. Juanito ama a su madre y desea la muerte de su padre y su temor a ser mordido por los caballos es el temor a la venganza del padre por los celos y deseos agresivos contra él. La temida castración por el padre, es una de las consecuencias del Edipo. Pero Juanito no sólo odia a su padre sino que también le ama. La relación edípica con el padre tiene un carácter ambivalente.

En 1910 aparece “Aportaciones a la psicología de la vida erótica”, donde Freud estudia diferentes tipos de elección de objeto amoroso condicionados por el complejo de Edipo. Describe el caso de aquellos sujetos que siempre eligen como objetos de amor personas que tienen a su vez relaciones amorosas con un tercero o de los que sólo aman y valoran mujeres de vida *irregular* o de aquellos que tienen necesidad de redimir a prostitutas. Encuentra todos estos casos originados por una misma causa: la fijación libidinosa del sujeto a su madre.

En su obra “Totem y Tabú”, el pensamiento audaz de Freud va más lejos, a explorar las instituciones sociales primitivas y encuentra en ellas nuevas pruebas de la actuación del complejo de Edipo. En un extenso trabajo llega a la conclusión que la prohibición a los de un mismo tótem de contraer relaciones sexuales entre sí, tenía por finalidad evitar el incesto con la madre o con la hermana. Los pueblos primitivos tenían horror al incesto y

establecieron medidas muy rigurosas para evitarlo. Este sentimiento de horror al incesto es similar al que experimenta el niño o el neurótico en igual situación.

En el sistema totémico existía un ceremonial cuya significación fue demostrada por Freud. En días determinados los miembros se reunían, sacrificaban el animal tótem y lo comían. Esto era seguido de expresiones de dolor con todas las características de un duelo. Después sobrevénía una fiesta en la que se permitían todos los excesos.

El animal tótem era el sustituto del padre, su asesinato es seguido del duelo, pero luego en virtud de su ingestión, el poder del padre era asimilado por cada uno de los miembros del clan y esto daba lugar al regocijo.

Supone Freud que en la organización social primitiva el padre expulsaba a los hijos, pero éstos un día se aliaron, mataron y comieron al padre tiránico. Pero como también le admiraban y amaban, después de asesinarlo los sentimientos cariñosos originaban remordimiento y culpa. La figura del padre fue entonces idealizada por los hijos quienes prohibieron la muerte del animal totémico y renunciaron a la mujer del tótem. Así fue la culpa que originó los dos tabús fundamentales del totemismo que coinciden con los dos deseos edípicos reprimidos. Por consiguiente, el Edipo es una de las principales fuentes del sentimiento de culpa y por lo mismo de la religión y la moral.

En “Psicología de las masas y análisis del yo”, estudia Freud el proceso de identificación oponiéndolo al de elección de objeto. El niño al mismo tiempo que ama a su madre y desea casarse con ella admira al padre y quiere ser como él (identificación). Si en lugar de querer ser como el padre quiere tenerlo como objeto de amor se trata de Edipo negativo o invertido, el niño ama entonces su padre y se siente rival de la madre.

En esta obra describe Freud una de las formas del homosexualismo. Causada por una gran fijación a la madre que origina una identificación con

ella, y una búsqueda de objetos de amor que lo sustituyan a él. Ama entonces su objeto homosexual como fue amado por su madre.

En su estudio sobre “Un caso de homosexualidad femenina” analiza los motivos que determinaron la inversión del Edipo. Se trataba de una muchacha púber, que se sintió traicionada por su padre a causa de un nuevo embarazo de la madre. Este desengaño hizo que se identificara con el padre y buscara mujeres subrogados de la madre. Con esta identificación tenía al padre y al mismo tiempo se vengaba de él, haciéndolo avergonzar de su desviación sexual.

Finalmente en el “Yo y el ello” estudia Freud el desenlace del Edipo y los complicados procesos que se suceden como consecuencia de él. El niño primero ama a su madre y se identifica con el padre, luego cuando percibe que el padre se opone a estos deseos, esta identificación se vuelve hostil y nace el Edipo positivo. Al tener que renunciar a la madre la solución normal es un incremento de la identificación con el padre (inversamente en la niña).

Freud hace depender, en parte, el tipo de esta identificación con padre o madre, de la bisexualidad, es decir, según la proporción mayor o menor de libido masculina o femenina. El Edipo más común es el completo: a la vez positivo y negativo.

Estas identificaciones modifican al Yo y dan origen al kuper-yo que viene a ser un resultado de la liquidación del Edipo.

En la actualidad, la investigación de la escuela inglesa de Melanie Klein ha establecido la existencia de una fase más precoz del Edipo, que se inicia en la mitad del primer año de vida. Han ampliado y modificado en parte los hallazgos de Freud, pero indudablemente que la descripción del genial psicólogo viene continúa siendo el punto de partida obligado de cualquier investigación.

HÉCTOR GARBARINO.

ERNEST JONES. — “Hamlet and Oedipus” (Hamlet y Edipo). London, Víctor Gollancz Ltd., 1949.

Este libro es un ejemplo de psicoanálisis aplicado. Su tema esencial es la investigación de una obra literaria, Hamlet, mostrando cómo representa una elaboración particular del complejo de Edipo. Presupone, como todo análisis de este tipo, que se puede entender el contenido latente de la obra partiendo de su contenido manifiesto y pasando de éste a aquél por los procedimientos de interpretación de los sueños. Nos limitaremos a la exposición de este tema central, dejando de lado otros problemas de historia literaria tratados por Jones, y en relación menos directa con el complejo de Edipo.

Jones recuerda primero el problema que se han planteado los comentaristas de Hamlet: ¿Por qué cavila tanto frente al cumplimiento de lo que él considera su deber? No es que Hamlet sea por naturaleza incapaz de acción, ni que la tarea sea en sí demasiado difícil; sino que esta tarea debe tener algo especial que la hace difícil para un carácter como Hamlet, sin que éste se dé cuenta de la naturaleza de esta dificultad. Se trata, pues, de un conflicto inconsciente de Hamlet: el complejo de Edipo.

Claudius, a quien Hamlet debe matar, ha realizado la doble fantasía que él mismo tuvo en su infancia: ha matado al padre y se ha casado con la madre. Hamlet se identifica pues con Claudius y no lo puede matar sin matarse a sí mismo. Por otra parte, Claudius es también el marido de la madre, y matarlo sería como matar al primer marido, al padre mismo.

Hamlet tiende más a concentrar el problema sobre su madre: lo que más le preocupa no es el crimen, sino el incesto. Está mucho más interesado en

hacer desaparecer el adulterio (incesto) que en vengar la muerte de su padre (celos y deseos inconscientes de matricidio). La exigencia de castidad en la madre es una defensa contra sus propios deseos de incesto, y el matricidio representaría una de las soluciones posibles del Complejo de Edipo.

Veamos ahora cómo se elabora el tema edípico en la obra literaria. El amor de Hamlet para Ophelia está estrechamente relacionado con su amor para la madre. Pero Hamlet ha elegido a Ophelia por presentar características opuestas a las de la madre: pureza en vez de sensualidad. Sin embargo, cuando muere su padre, Hamlet reacciona en contra de todas las mujeres, y va hasta tratar Ophelia como prostituta, por desplazamiento de la misma acusación hecha a la madre. La muerte del padre hace fracasar en Hamlet la disociación entre las dos figuras maternas: la madre prostituta y la madona.

Los sentimientos ambivalentes de Hamlet hacia su padre se manifiestan en su relación con tres personajes distintos: El amor respetuoso hacia la memoria de su padre; el odio y el desprecio hacia Polonius; el conflicto de ambas actitudes de amor y odio hacia Claudius. El asesinato “accidental” de Polonius por Hamlet proviene del desplazamiento de los deseos asesinos dirigidos al padre sobre una figura sustituta.

Tres factores, o mecanismos de elaboración, contribuyen esencialmente a disfrazar y oscurecer el tema edípico primitivo: en primer término, la descomposición: como ocurre en los relatos mitológicos, una misma figura de la estructura básica está dividida o disociada en varias figuras del contenido manifiesto de la obra. Así, en Hamlet, la figura paterna amada y odiada de la “novela familiar” edípica está dividida en una figura incondicionalmente buena (la memoria del padre, el padre apareciendo como fantasma) y una figura mala, Claudius. Lo extremo de esta disociación hace que el padre bueno caiga víctima del padre malo, como ocurre en el drama. Pero los deseos hostiles del hijo hacia el padre se cumplen: el padre es realmente muerto, aunque por el padre-tirano (retorno de lo reprimido).

Claudius, realizando el crimen, es sustituto de Hamlet y representa, en cierto sentido, la “justa” venganza del hijo. Por eso, y paradójicamente, es más fácil para Hamlet matar a Polonius que a Claudius. Polonius representa al padre despreciado y ridículo: es sentencioso, engreído, tonto, — todas cualidades de una figura paterna despreciada. El asesinato de Polonius — muy inocente de los acontecimientos que provocan el drama — se explica porque representa al padre malo y frustrador (oponiéndose al amor de Hamlet y Ophelia) y puede atraer sobre sí la aversión del héroe sin disfraz ni dudas, por estar más alejado del círculo familiar.

En segundo término, el tema central se halla disfrazado por a interferencia de temas secundarios y afines. Así, el tema central (oposición del padre a los deseos incestuosos de Hamlet hacia la Reina y asesinato del padre por Hamlet) se encuentra repetido en la relación Hamlet - Ophelia - Polonius y en la relación Hamlet - Ophelia - Laertes. Ya vimos que Ophelia se podía entender como un doble contrastante de la Reina. Polonius, padre de Ophelia, y Laertes, su hermano, representan aspectos del padre de Hamlet en la situación básica. Las relaciones de Hamlet con Polonius y con Laertes representan elaboraciones distintas de la situación edípica. Se pueden entonces distinguir tres dramas distintos: el drama de Hamlet entre Claudius y la Reina; el drama de Hamlet entre Polonius y Ophelia; el drama de Hamlet entre Laertes y Ophelia.

Un tercer mecanismo de disfrazamiento del tema básico consiste en la duplicación de los personajes, cada personaje básico dividiéndose en un personaje central muy individualizado y viviente, y personajes secundarios de misma función, pero sin mucho relieve, que contribuyen a hacer resaltar la figura central. Así, podemos entender como “dobles” de Hamlet a Horatio, Marcellus, Bernardo. También el personaje de Laertes se duplica en el de Fortinbras, y accesoriamente en los de Rosencrantz y Guildenstern.

Finalmente, podemos entender también la simulación de la locura por Hamlet en relación con la necesidad de disfrazar la situación edípica central. Hamlet se hace el loco para salvar su vida (tanto en el mito primitivo como en la elaboración shakespeariana). Pero no simula cualquier clase de locura, sino que se hace el “inocente”, finge no darse por enterado de lo que ha ocurrido. Es decir, que niega la curiosidad sexual, ligada a su situación edípica, que le ha permitido descubrir el crimen de la Reina y de Claudius. Las escenas — dos de ellas en el dormitorio de la Reina— en las cuales un padre sustituto (Claudius, Polonius) espía el encuentro de Hamlet con su madre, son una representación por lo contrario de Hamlet espiando a los padres y “enloquecido” por la visión de la escena primaria.

Entre el parricidio, el matricidio, el suicidio, la locura, el drama de Shakespeare elabora, mediante mecanismos semejantes a los de los sueños, una misma situación básica: el complejo de Edipo.

MADELEINE BARANGER

A VAN DER STERREN. — “The «King Œdipus» of Sophocles” (El “Edipo Rey” de Sófocles). *International Journal of Psychoanalysis*, XXXIII; 4; 1952.

Este artículo es la síntesis de un libro del mismo autor, y se limita a señalar sus temas de mayor importancia. El problema básico que plantea el autor es el siguiente: si el tema “edípico” aparece en forma más o menos disfrazada en casi todas las obras literarias, ¿cómo se hace que el “Edipo Rey” de Sófocles lo expresé en forma manifiesta? Si admitimos que el proceso de creación del sueño, del mito, de la obra literaria, es — a grandes rasgos, — el mismo, tendremos que esperar la existencia de defensas y contenidos reprimidos también en el Edipo Rey.

Es cierto que en la historia “policial” escrita por Sófocles aparece un primer disfraz del complejo edípico: Edipo cometió sus crímenes sin saberlo y sin quererlo; también le fueron impuestos por la sabia ordenanza de los dioses. Pero existen más disfraces, y más importantes. Primero las “resistencias” de Edipo a tomar conciencia de sus crímenes, — a aceptar el fallo de su conciencia simbolizada en el drama por Tiresias y, accesoriamente, por el esclavo. Pero más interesante todavía aparece la represión de otros aspectos de la “novela familiar” típica en la obra de Sófocles.

A primera vista, el amor de Edipo y Yocasta se presenta como un amor sin sombras, hasta el castigo impuesto por los dioses a la ciudad de Tebas y la necesidad para Edipo de reconocerse culpable y de salvar la ciudad. Pero un examen más detenido deja traslucir otros aspectos de esta relación: las agresiones de Yocasta hacia Edipo, y la situación de odio subyacente. Yocasta ha abandonado a Edipo; ha encomendado a un esclavo que lo destruyera; le niega los informes sexuales que pide (Edipo se encuentra continuamente frente al enigma de su origen: con Yocasta misma, y con sus sustitutos, Merope, la esfinge, y pasa el tiempo resolviendo enigmas —un enigma, el de la vida).

Uno de los aspectos más interesantes del trabajo es la demostración de la identidad de contenido entre los personajes de Yocasta y de la esfinge (situación de seducción y odio; los enigmas; la muerte final de ambas por causa de Edipo). El elemento esencial reprimido en la obra de Sófocles es el odio en la relación madre - hijo, con sus elementos oral - agresivos (la esfinge devoradora).

La represión de este aspecto de la novela familiar no se manifiesta tan sólo en el drama, sino en muy numerosos errores de traducción hechos por los traductores y comentaristas del texto griego, y todas destinadas a incrementar el encubrimiento de los elementos agresivos en la relación de

Edipo y Yocasta. El autor corrobora estas conclusiones con el análisis de “Edipo en Colono” y “Antígona”, y así demuestra que “Edipo Rey” no escapa a la ley general de las obras dramáticas: la de revelar encubriendo.

WILLY BARANGER

MARIO CARLISKY. — “Edipo y los enigmas de la Esfinge”. Editorial Nova, Buenos Aires, 1952, 65 páginas.

El autor interpreta, bajo el ángulo del psicoanálisis freudiano, la leyenda de Edipo, partiendo de la afirmación de S. Freud en “Tótem y Tabú”, de que “Un acontecimiento como la supresión “del padre por la horda fraterna, tenía que dejar huellas imperecederas en la historia de la humanidad y manifestarse en “formaciones sustitutivas, tanto más numerosas, cuanto menos “grato era su recuerdo directo.”

El libro está dividido en seis capítulos titulados: “Oidipous”, “El Acertijo de la Esfinge”, “Lo heroico-subjetivo y lo histórico-colectivo”, “Los oráculos de Apolo”, “La muerte de Edipo” y “Edipo y la paternidad”. En los primeros, el autor, a través de la leyenda, y siguiéndola en el desarrollo de las tragedias de Sófocles, “Edipo Rey” y “Edipo en Colono”, llega, en un minucioso estudio, inteligentemente expuesto, a descubrir en el argumento de la primera de las tragedias nombradas, la siguiente reminiscencia histórica relacionada con la horda primitiva: “1) Subversión del orden primitivo, a causa de la ausencia del Rey. Se “ establece un interregno caracterizado por el desenfreno sexual, “ que en el relato dramático queda oculto bajo el símbolo de la Esfinge y sus depredaciones. La complicidad de la comunidad y “ de Yocasta se trasluce, hasta cierto punto, en su desidia frente « la desaparición del soberano. 2) Restablecimiento de una autoridad masculina

(Edipo) que reina al lado de la madre viuda. 3) Expulsión del nuevo jefe, bajo inculpación de regicidio, agra-« vado, en este caso, por el parricidio y el incesto.”

El capítulo quinto lo dedica el autor al análisis de lo narrado en la segunda de las tragedias citadas, “en cuyo final apoteótico “culmino el proceso iniciado con la eliminación del jefe primitivo”; examina el significado de la lucha entablada entre atenienses y tebanos, y el planteo (dentro de la comunidad tebana) de una inminente guerra fratricida, como consecuencia de los crímenes de Edipo: el autor ve en ello “una viva representación del “pecado original y sus consecuencias, cuyo desarrollo constituye “ el descargo final de la culpa de parricidio, que, en este caso, “ asume un carácter francamente religioso.” “Toda redención debe “ser el resultado de un castigo aceptado, es decir, una expiación.” “El análisis de este mito de descargo nos conduce a la siguiente “conclusión: en el instante preciso en que el héroe es acogido o “perdonado por los dioses” —desagravio final al jefe primitivo — “es cuando surge un nuevo código moral y social, santificado por un nuevo culto que se inicia, y el principio básico de “ este código es la veneración de la figura del padre.”

El autor, a lo largo de su denso análisis, hace múltiples alusiones a situaciones similares o antagónicas a las que pasa su héroe, que pasan otros personajes, — unos de leyenda (Eros y Psique) y otros históricos (Orestes y Hamlet),— y llega en el último capítulo: “Edipo y la Paternidad” a afirmar “que los “ traumas específicos determinantes de su conducta: el del nacimiento y el del destete, es decir el de la rivalidad con el padre y la rivalidad con los hermanos, respectivamente”, revelan, en última instancia el afán de paternidad, que, en “el fondo de toda inquietud humana es el ansia y la ilusión de la potencia creadora — ilusión de grandeza que nos equipara a los dioses — que a cierta altura de la existencia se transforma en el afán de

prolongar la propia vida, a través de otra vida: en una palabra, el ansia de crear.”

MARTHA LACAVA MEHARU

GREGORY ZILBOORG. — “El Descubrimiento del Complejo de Edipo. Episodios tomados de Marcel Proust”. Revista Psicoanálisis. Buenos Aires. Tomo I. N° 3. 1943.

Dice Zilboorg en este artículo que para referirse a M. Proust hay que hablar de su obra “En busca del tiempo perdido”. Sin embargo para el estudio que él se propone, va a utilizar otro trabajo menos conocido: “Los sentimientos filiales de un parricida”. Piensa que “En busca del tiempo perdido” es la expresión de su equilibrio ya elaborado, vale decir un síntoma de su psicosis. En cambio en sus artículos anteriores se ven directamente expresados sus conflictos.

En “Los sentimientos filiales de un parricida”, formula algo que ya venía sintiendo, expresado en varios pasajes de su vida, por ej.: a la edad de cuatro años contesta a una pregunta de su maestro que la más grande desdicha es estar separado de su madre; las exigencias a Celeste (su criada) que pasó a ocupar el lugar de su madre; la campaña contra la separación de la Iglesia del Estado, etc.

La muerte de su madre lo traumatiza mucho, entrando en un estado psicótico que es lo que lo hace ir “En busca de su tiempo perdido”. Interrumpe esta obra para escribir el cuento en el cual se expresa con toda claridad el complejo de Edipo tal cual lo concibió Freud.

Cuenta en “Los sentimientos filiales de un parricida” de un sujeto al que se le muere el padre. Mata luego a la madre, suicidándose de inmediato, con un balazo que le deja suelto un ojo. Hace una relación de este hecho con la tragedia griega. Explica cómo el protagonista de su cuento realiza lo que tantos, que van matando con su amor. Termina su relato diciendo: “el desgraciado parricida no era un brutal asesino, sino el representante noble de todos los hombres, un hijo piadoso y tierno al que una fatalidad ineludible arrojó a un crimen y una expiación que siempre serán dignos y gloriosos”. No se trata de un pensamiento lógico, está lleno de contradicciones: amor y

odio, etc., pero es no cabe duda, la formulación consciente de un fenómeno psicológico.

Aclara el autor que Proust no había leído a Freud y que es casi simultáneo el descubrimiento de ambos. Freud expresó las primeras sugerencias sobre el complejo de Edipo en “Interpretación de los sueños”, en el año 1900 y la primera referencia al complejo invertido fue en 1920. Proust escribe “Los sentimientos filiales de un parricida”, entre 1907 y 1909.

MERCEDES F. DE GARBARINO.

GENEVIEVE GUEX. — “Les conditions intellectuelles et affectives de l’œdipe” (Las condiciones intelectuales y afectivas del complejo de Edipo). *Revue Française de Psychanalyse*, XIII, 2, 1949.

El propósito de la autora es el de delimitar con precisión la fase edípica de las fases preedípicas, estudiando las condiciones intelectuales y afectivas que permiten la estructuración de un verdadero complejo de Edipo. A su criterio, el complejo de Edipo implica la resolución previa de muchas dificultades psicológicas, y no puede constituirse sino en una fase relativamente adelantada de la evolución. Es así, por ejemplo, como ciertos ¿neuróticos demasiado egocentristas serían incapaces de una rivalidad amorosa de tipo edípico.

Las condiciones intelectuales del complejo de Edipo se centralizan alrededor del concepto de diferenciación. Para poder estructurar un complejo de Edipo, el individuo debe poder salir del estadio de la identificación y del pensamiento puramente subjetivo de la primera infancia; trata de conquistar un objeto distinto de él mismo adaptándose a los deseos de este objeto y no a los suyos propios. La autora compara en este sentido los resultados de la

psicología genética (Piaget) y los del psicoanálisis mostrando que el complejo edípico requiere una socialización del pensamiento y del afecto.

La autora apoya estas conclusiones sobre sus propios estudios acerca de la “neurosis de abandono”. Los sujetos que padecen de esta neurosis carecerían de un complejo de Edipo caracterizado, y presentarían a lo más “una tendencia edípica esporádica y de escasa intensidad, siempre pronta para regresar hacia una forma de amor más primitiva”. Así, el curso del análisis de las personas que sufren de una neurosis de abandono pasaría por tres fases características: en la primera, el material edípico tiene una función defensiva y sirve para encubrir el infantilismo afectivo; en la segunda, este infantilismo se manifiesta directamente en la situación transferencial; y en la tercera reaparece el material edípico, pero genuino y acompañando una actitud psicosexual más diferenciada.

Como lo nota la autora, el problema esencial radica en la determinación del momento de la evolución en el cual empieza el complejo de Edipo. Considera las fases orales y anales como “narcisistas” (es decir anobjetales), por eso la existencia de un complejo de Edipo temprano le parece un “contrasentido”; pero dejaría de serlo al considerar el carácter fundamentalmente objetal de la libido. Quedaría entonces la posibilidad de interpretar los fenómenos observados por ella basándonos en la diferencia entre “edipo temprano” y “edipo propiamente dicho”.

WILLY BARANGER.

J. LAMPL DE GROOT. — “Reevaluation of the role of the Oedipus Complex” (Revaluación del rol del complejo de Edipo). *Int. Jou. Psa.* XXIII. 1952, P. 4, p. 335.

El autor se propone analizar y estudiar el papel que desempeña el complejo de Edipo y las etapas preedípicas en la formación final de la personalidad y los disturbios neuróticos concomitantes, que pueden surgir por el paro en este desarrollo.

Las fuentes de información de esta tesis las extrae:

- 1) Del material suministrado por el estudio del proceso analítico.
- 2) De los datos aportados por los últimos estudios teóricos concernientes a este problema.

I. Así, de la primera fuente, se puede observar que hay dos grandes grupos de factores, que intervienen en las distintas etapas del desarrollo, que son las influencias ambientales (dados por la madre y la constelación familiar), y los factores disposicionales.

En todo análisis ya sea de adultos y especialmente de niños latentes, se pueden observar elementos de la fase preedípica y de la fase fálica - edípica.

A veces, estos elementos se ven interferidos por períodos confusos denominados por Helen Deutsch: "Períodos Caóticos". En estos períodos aparece material proveniente de distintas etapas del desarrollo, y se presentan sin secuencia lógica, pero que pueden ser modificados y clasificados si se estudian en el contexto general y en el momento apropiado.

En un análisis que sigue su curso favorable, hacia el final aparece otra etapa llamada convergente. Aquí el material proviene de la fase fálica, pudiendo establecerse más claramente la relación edípica, sin que aparezcan elementos de la fase precedente.

Plantea como es posible delimitar o reconocer cuando aparece material preedípico o edípico, que no es siempre posible en la fase caótica, pero si es más claramente delimitable en la fase convergente; así en opinión del autor el material edípico, se reconoce porque la personalidad cambia durante la hora analítica, y su comportamiento se asemeja al del infante de muy corta

edad, manifestándose cambios en la actitud, comportamiento, voz y en otras maneras de expresión.

En cambio el material preedípico, se expresa exclusivamente en la forma de actuar fuera del análisis (Acting Out).

Como ejemplo estudia estos elementos en el hombre y la mujer.

Así, la mujer, frente al marido hace uso de la identificación con la imagen edípica, expresando su amor en forma de sumisión pasiva, tal cual lo hacían anteriormente hacia su padre, y frente a sus hijos que tienen necesidad de cuidados de madre amorosa, utiliza la actitud resultante de identificaciones con la imagen de la madre preedípica.

En el desarrollo normal del hombre, las relaciones preedípicas son menos acentuadas que en la mujer. El niño pequeño no cambia el objeto de su amor en el período edípico, como se ve obligado a hacerlo la niña. En la vida del hombre una repetición real de la situación arcaica, de la entidad niño - madre no se produce como en la mujer, que tiene que volverse madre. Cuando esto sucede, provoca serios disturbios en la vida amorosa del hombre adulto.

La fase preedípica tiene sus propias y características formas de ansiedad. Son ansiedades depresivas, que surgen cuando la madre es reconocida y amada como un objeto externo; naciendo entonces el temor de perder ese amor frente a los conflictos instintivos y los deseos a la madre. Es el conflicto ambivalente lo que hace surgir la ansiedad.

El amor del período edípico es dirigido hacia uno de los padres mientras que el otro recibe la hostilidad del niño. Aquí la ansiedad está dada por el temor a la castración (en la niña es el complejo de la masculinidad). Si estas ansiedades no se pueden vencer, se produce una regresión hacia ciertos puntos de fijación de la fase preedípica.

II. Los datos suministrados por los últimos estudios teóricos; nos proveen de material acerca de los conocimientos de la vida instintiva en la fase preedípica, y del desarrollo del yo y superyo tempranos.

Así sabemos que la vida instintiva es un Ínter juego de instintos eróticos y agresivos. Cada uno de estos instintos juega su papel en las distintas etapas del desarrollo preedípico.

Dice el autor que el yo pasa por distintas fases.

En una primera instancia, el niño aspira a satisfacer sus necesidades y espera esta gratificación de su madre, de la misma manera que de su cuerpo.

Esta etapa es narcisística; el paso del crecimiento narcisístico al objeto libidinoso es muy gradual, y una cantidad de este aspecto narcisístico puede encontrarse en el adulto en sus relaciones amorosas; siendo esto indispensable para la salud y buen funcionamiento del hombre. Esta forma de relación objetal se puede ver en la etapa preedípica, pero se incrementa en la fase edípica: en este período, el yo ha adquirido un sentido de realidad por el ínter juego del desarrollo instintivo y la influencia del ambiente. El yo puede vencer el pensamiento mágico, desarrolla sus poderes integrativos a tal punto que la ambivalencia ya no es dirigida hacia un objeto único sino hacia ambos padres.

Junto con este movimiento, se produce otro en el plano de los afectos.

Al principio este movimiento es un fenómeno difuso, pero luego el yo en su desarrollo toma el control de los afectos y de los instintos.

Hay una progresión cuando la personalidad puede decir en vez de “hay un sentir dentro de mí”, “yo siento algo”.

Al principio en el niño los afectos no son todavía diferenciados, son elementales, apasionados y violentos: gradualmente se hace el proceso de diferenciación y refinamiento. Desde ya está implícito que la capacidad de diferenciar la vida afectiva, depende de procesos instintivos como también de las cualidades del yo. Cuanto más grande es la habilidad del yo de comprender, más rico será el desarrollo de la vida afectiva. (Importancia de la personalidad de la madre en el mundo afectivo del niño).

Debemos señalar el papel importante que la identificación juega en la etapa preedípica en el desarrollo de la vida afectiva y la relación de objetos.

La formación del yo ideal comienza en la fase pre - edípica, y al principio se percibe muy poco una instancia con los caracteres de una prohibición interna. Solamente cuando el desarrollo ha avanzado y el niño comienza a identificarse con la madre, entonces comienza a tomar sus prohibiciones; en este momento se diferencia en el yo una instancia que aprende lo que está permitido y lo que no lo está.

Sostiene el autor que no hay en la etapa anal preedípica, un superyo con una función específica de conciencia, sino que esto se produce en la fase edípica.

JUAN CARLOS REY.

SANDOR FERENCZI. — “La representación simbólica de los principios del placer y de realidad en el mito de Edipo”. Publ. en Revista de Psicoanálisis. Buenos Aires, T. V. N° 4, páginas 1019-35. 1948.

Ferenczi inicia su trabajo transcribiendo párrafos de una carta de Schopenhauer, dirigida a Goethe, en la cual, aquél hace una fusión a la tragedia de Sófocles al describir llamativamente el papel encarnado por Yocasta (corazón) y la investigación profunda y sincera hacia la verdad; la sugestión del hombre y el estancamiento sufrido por la prevalencia de Yocasta. El autor se adentra así al mito de Edipo: Destaca que los mitos alcanzan la estructuración que nosotros conocemos, al través de sucesivas agregaciones, hasta que lograda una cima armónica y tolerada por las resistencias internas, cristaliza y es aceptado y gozado. Compara la actitud psíquica referida por Schopenhauer y los dos principios investigados y desarrollados por Freud: de placer, acaecer de los seres primitivos (animales,

salvajes, niños), estados mentales regresivos (sueños, fantasías, neurosis, psicosis) y el principio de realidad, suceder psíquico, más evolucionado e integrado. Reconoce que Schopenhauer percibió, agudamente, que las resistencias que encuentra el hombre en su trabajo científico, no son de naturaleza intelectual, sino afectiva. La tarea de Freud, con el psicoanálisis, consolidó y surcó este campo llegando a la raíz, al núcleo de las resistencias internas, fijadas en la infancia e inconscientes. En la carta, Ferenczi, descubre que la invocación de, Edipo no es casual, resalta el estilo de párrafos y descubre una situación edípica hacia Goethe; reconocimiento, al principio, para trocarse luego en hostilidad (ambivalencia), y animado por la interpretación de Schopenhauer, el autor del trabajo concibe una particular estructuración en los mitos de Edipo y Saga de Edda: principio de realidad, hombre (Edipo, Odin) ; de placer, mujeres (Yocasta, Erda) ; configurando una actitud general ,aceptada, sobre la pragmática del hombre y de la mujer. Penetrando en el simbolismo de la tragedia de Sófocles, interpreta de acuerdo a los “fenómenos-símbolos somáticos” de Silberer el nombre del héroe, pues Edipo significa en griego “pie hincado”, erectilidad, falo y sus hazañas sobrehumanas. El otro fenómeno (símbolo somático, de Silberer) es el autocegamiento, castigo taliónico, castración; por no poder mirar más, cara a cara, al padre (sol, Febo, Apolo). Estas interpretaciones se entroncan con los trabajos de Rank sobre la creación poética, el desenvolvimiento, configuración y materialización. Es el mito ya inalterable que no sólo da expresividad a los contenidos reprimidos, inconscientes, representados en imágenes, sino a la manera como el funcionamiento mental interviene la dominación de tales contenidos. Posteriormente refiere historiales breves de su experiencia psicoanalítica, para mostrar el autocegamiento de Edipo como autocastración y el origen del simbolismo, como deseos realizados, infantiles, en el propio cuerpo del niño. La identificación simbólica de los objetos externos con órganos corporales y lo opuesto, los preciados órganos

en los objetos externos (animismo). Por otra parte, ojos, dientes a través de la represión y el desplazamiento, como símbolos genitales (Freud). Finaliza su trabajo efectuando consideraciones sobre la ontogénesis de los símbolos discrepando con autores tales como Beaurin y Silberer. Estos últimos estudian la evolución mental del niño y la formación de sus primeros conceptos generales en base a identificaciones, semejanzas, analogías, etc.; y la trasmutación de significados lo llaman símbolos. Ferenczi destaca que para la realización de una actividad simbólica, creación de símbolos, no alcanzan las alegorías, símiles, etc.; sino que para que conformen el sentido psicoanalítico del término deben ajustarse a lo establecido por Rank y Sachs, es decir “una clase especial de representación indirecta, que se distingue por ciertas peculiaridades, de otras semejantes, tales como el símil, metáfora, alegoría, alusión y otras formas de representación figurativa del material intelectual”, “es una expresión de reemplazo, substitutiva, ilustrativa de algo escondido”. Por consiguiente, símbolo es sólo cuando un miembro de la ecuación queda reprimido, en tanto el otro miembro, anteriormente de menos importancia, toma una sobre significación afectiva y se convierte así en símbolo de lo reprimido. Debe destacarse, pues, en forma relevante, el papel jugado por los factores afectivos y la represión en la creación simbólica y diferenciarse de los procesos mentales tales como metáforas, símiles, etc. Hoy en día sabemos que si una cosa es confundida con otra es porque existen motivos para ello, la similitud sólo proporciona la oportunidad para que resurja lo reprimido. Tampoco la insuficiencia ^perceptiva, por sí sola, explicaría la creación de símbolos.

MIGUEL SESSER

DON D. JACKSON. — “Algunos factores que influyen sobre el complejo de Edipo”. (Some factors influencing the Oedipus complex). *The Psychoanalytic Quarterly*, Vol. XXIII, 1954, N° 4.

El autor señala la influencia que en la formación del Edipo, ejercen las interacciones psíquicas y la mutua adaptación de los padres. Hace resaltar, pues, la importancia de la atmósfera emocional que surge del inter juego de los caracteres paternos, más que de los padres considerados como objetos separados. Estudia seis pacientes femeninos con trastornos similares y cuyos padres mostraban reacciones interpsíquicas muy semejantes. Bajo el aspecto de armonía y orden familiar, se escondía un evidente desacuerdo y falta de intimidad entre aquellos, al mismo tiempo que su dependencia mutua explicaba la ausencia de separación o divorcio. Aunque la madre no fuera totalmente rechazante con respecto a sus hijas, estimulaba en éstas el establecimiento de vínculos estrechos con el padre. Cuando aquellas eran mayores, cambiaba la actitud de los padres: la madre expresaba más amistad, mostrándose dependiente de la hija, lo que provocaba en ésta, sentimientos de superioridad, culpa y desprecio. El padre, en cambio, suspendía, a veces bruscamente, su comportamiento solícito, movido probablemente, por temores al incesto. Esta doble dirección de los afectos por parte de las hijas, trae como resultado una falta de identificación con la madre y una vinculación sobre compensadora con el padre, lo que “las hace sentir semejantes a muchachos que desdeñan su femineidad, pero temen la competencia de los hombres”. Las formas de eludir ese dilema fueron las fantasías de embarazo y parto. La interacción paterna constituyó un campo propicio para la formación de síntomas histéricos y fóbicos, así como de “acting out”.

GITELSON, MAXWEL. — Re-evaluation of the role of the (Edipus complex (Reevaluación del papel del complejo de Edipo). The International J. of Psycho-Analysis, Vol. XXXIII, 1952, pág. 351.

El autor plantea, siguiendo el relato de J. Lampl -de Groot (decimoséptimo Congreso Analítico Internacional, Amsterdam, 1951) los problemas suscitados por la escuela kleiniana, específicamente sobre el complejo de Edipo. Recuerda que Heimann ha sostenido que “el período de objeto total coincide en su comienzo con la situación perversa polimorfa de los impulsos instintivos”, siendo el núcleo del problema preguntarse sobre la relación entre esta fase, conjuntamente con las etapas pregenitales y los estadios posteriores fálico y genital.

Las etapas precoces del Edipo descubiertas por M. Klein y su escuela, al llegar a su cúspide la etapa depresiva, (alrededor de los seis meses de edad) son dudosas para Gitelson desde el punto de vista biológico, pues si, de acuerdo a Gessell, se puede admitir una relación objetal total a los seis meses, se necesitan no menos de 40 semanas para que las figuras familiares adquieran significación particular.

El autor reconoce que desde el punto de vista de la experiencia analítica la importancia de los factores pregenitales en la elaboración del complejo de Edipo es fundamental, trayendo a colación algunas experiencias de Fenichel, Brunswick, etc. Hace notar que ya Freud en 1932 escribía: “la etapa preedípica en la mujer es más importante de lo que hasta hoy se había supuesto. Desde que hay lugar en esta fase a toda clase de fijaciones y regresiones que consideramos como fuente de neurosis, parece que tendremos que retirar la universalidad al aforismo que afirma que el complejo de Edipo es el núcleo de las neurosis”.

Sin embargo, con Brunswick, piensa que el énfasis de la situación pregenital del niño es de tipo activo-pasivo, no sexual, mientras Heimann hace hincapié en la polaridad fálico-castrado cuando describe la etapa precoz edípica.

Piensa que mucho de lo que la escuela inglesa ha sostenido no es apropiado para las neurosis de transferencia.

En resumen, la evolución del proceso analítico, en cuanto es capaz de resolver el complejo edípico, depende de la manera como se hayan elaborado los problemas pregenitales. Cuando estos últimos se han elaborado bien, el paciente puede volver a la posición del Edipo y un buen análisis resolvérselo.

El Edipo tiene gran importancia, no como núcleo neurótico sino como núcleo de carácter normal y como base de madurez vital.

FORTUNATO RAMÍREZ

PAULA HEIMANN. — “Contribution to the re-evaluation of the Edipus Complex” (Contribución a la reevaluación del complejo de Edipo en los estadios tempranos). *The International Journal of Psychoanalysis*”, tomo XXXIII, 1952.

Son las primeras manifestaciones del complejo de Edipo, descubiertas por Melanie Klein, que va a estudiar en este artículo Paula Heimann. La ubica en la etapa depresiva o sea alrededor de los 3 a 6 meses de edad. Antes de entrar al tema aclara algunos conceptos básicos y aspectos del período anterior al complejo de Edipo. Destaca la importancia de los descubrimientos del inconsciente, hechos por Freud, y los instintos de vida y muerte. Lo agregado por M. Klein, que son las fantasías inconscientes. Pasa luego a describir cómo es la primera relación de objeto. Es con el, pecho materno con un Yo muy débil y por consiguiente se crea una gran dependencia hacia el objeto. Si satisface al niño, lo introyecta y se identifica omnipotentemente con él, pero si tiene hambre y dolor es el pecho el culpable por lo tanto es malo. Lo odia y lo rechaza de sí, pero como no lo consigue lo siente dentro como perseguidor, dando origen a la ansiedad más primitiva. Más adelante, vive a la madre como persona total y comprende que ama y odia a la misma persona. Es ésta la causa de la depresión. Vive a sus padres como personas con su propia vida y distingue un vínculo entre ambos. Es aquí que comienza el complejo de Edipo. Coincide con el período perverso polimorfo, es decir cuando están activas todas las partes de su cuerpo con propósitos libidinosos y destructivos. Es por estar pasando esta etapa polimorfa que se origina la ecuación pecho-pene-heces-niño. Así como la teoría del nacimiento oral y anal. También es en esta época que se forma el concepto de escena primaria o madre castradora fálica.

El niño toma la posición femenina debido a que 1º) entra en su fase depresiva y se identifica con la madre, y 2º) las frustraciones que le produce

el destete, le hacen buscar otro objeto: el pene del padre. Como el pene es equiparado al pecho lo desea tragar, chupar, etc., sintiendo su ano y su pene como órganos receptivos. También desea penetrar con su pene al padre. Se hace así rival de la madre, siendo esto la raíz de la homosexualidad masculina. Desea también un niño del padre que es de donde parte la envidia del hombre hacia la mujer, despreciada en la teoría clásica.

La envidia y odio a la mujer le hacen fantasear ataques con dientes, boca y excrementos a la vagina, lo que origina el concepto de vagina dentada. Es este un factor de inhibición heterosexual tanto en el varón como en la niña.

En el primero porque teme ser agredido y en la segunda porque se identifica con la madre y teme agredir con su vagina. Es el deseo de reparar con placer y niños a la madre, lo que lo retorna a la heterosexualidad. Esto va acompañado de rivalidad y temor a la retaliación por parte del padre.

Tanto en su posición femenina como en la masculina es mucho más frustrado cuando ve o imagina la escena primaria. Esto origina las fantasías de pareja combinada. Es en esta forma que teme que al atacar al padre odiado ataque y dañe al amado, y por la incorporación siente dentro la escena que odia. Como consecuencia de esta posición frente a sus padres teme ser despojado de su genital y perder capacidad de expresar amor y reparación (castración), ocasionándole esto ansiedades persecutorias y depresivas.

En la niña pasa algo similar al varón en lo que respecta a posiciones hetero y homosexuales y propósitos libidinosos y destructivos. También se aparta de la madre, pero la identificación con ella intensifica su heterosexualidad. La excitación clitoridiana conduce conjuntamente con impulsos orales, uretrales, y anales a sensaciones y fantasías vaginales.

Desea poseer el pene del padre para satisfacción y posesión interna y a veces un niño de él. Frustrada en esto, es que desea tenerlo como órgano externo.

Cuando por celos quiere atacar el cuerpo de la madre, teme que al igual, su interior sea destruido y no tiene como el varón la prueba de la realidad de que tal cosa no sucede.

Las tendencias masculinas son motivadas porque frustrada PW el padre se dirige hacia la madre. Descubre que su genital Masculino (clítoris), es inferior y no puede rivalizar con el padre, entonces desarrolla su envidia del pene a expensas de la feminidad. Al quejarse de que ha nacido incompleta está negando su voracidad, el deseo de apoderarse del pene y los niños de la madre.

Piensa Paula Heimann que la envidia del pene no ha sido bien estudiada todavía, y que junto con la rivalidad con el hombre, es debida al fracaso por dominar ansiedades persecutorias y depresivas de la temprana feminidad.

El niño internaliza a sus padres tanto en el aspecto bueno como en el malo, el primero da bienestar, el segundo ansiedades persecutorias o depresivas. Estos objetos están presentes todo lo largo del complejo de Edipo, por lo tanto influyendo la relación externa. Freud dice que el Super - Yo es la internalización de los padres al superar el complejo de Edipo, Melanie Klein halló que el primer objeto internalizado (pecho) es el primer esbozo del Super - Yo. Es decir que hay una interacción entre la formación del Yo, complejo de Edipo y Super - Yo.

MERCEDES F. DE GARBARINO.

KLEIN (Melanie). — “Early stages of the (Edipus conflict”. (“Fases tempranas del conflicto de Edipo”), 1928. “Contributions to Psycho - Analysis”, Londres 1948.

Este trabajo constituye una etapa fundamental hacia nuestro concepto actual del conflicto edípico. Melanie Klein llega a la conclusión que, si el

complejo de Edipo llega a su culminación, como lo admite Freud, hacia los cinco años empieza a manifestarse mucho antes: en el principio del segundo año de vida, y en relación con la experiencia del destete. En la actualidad, la autora ubicaría el comienzo del complejo de Edipo en una época aún más temprana, en el segundo cuarto del primer año de vida, en relación con el establecimiento de la posición depresiva.

La consecuencia de esta ubicación cronológica distinta del complejo edípico es el reconocimiento de una incidencia mucho mayor de las pulsiones sádico - orales y sádico - anales en su estructuración. Resulta de eso un concepto nuevo de las “fases” del desarrollo instintivo.

En vez de fases bien separadas como se concebían anteriormente, las fases se mezclan entre sí, y encontramos en cada fase fantasías y pulsiones pertenecientes a las demás fases. Lo que verdaderamente es particular en lo que respecta al complejo de Edipo. Otra de las consecuencias de esta revisión de la cronología del complejo de Edipo, es una modificación importante en la comprensión de la génesis del superyo. No sólo el superyo se constituye en épocas mucho más tempranas de lo que se suponía, sino que los elementos más decisivos en su formación son los pregenitales, explicándose así el carácter arcaico, a menudo extremadamente cruel, que reviste el superyo. La estructuración de un superyo relativamente adecuado y todo el desarrollo de la personalidad dependen así de la manera en que el individuo haya podido superar sus fijaciones pregenitales y los estadios más tempranos de su complejo de Edipo.

Otro de los descubrimientos esenciales expuestos por Melanie Klein en este artículo es la descripción del desarrollo psico-sexual de la niña y del varón correspondiente a esta reubicación del complejo de Edipo. El rasgo más saliente de esta nueva descripción es la presencia en ambos de una “fase femenina”, cuyas consecuencias tanto teóricas como terapéuticas y pedagógicas son de suma importancia.

En el varón como en la niña, la fase femenina parte de las frustraciones intensas experimentadas en la relación con la madre en los niveles oral y anal. Surge entonces una intensa rivalidad con la madre, con fantasías de destruirla y de apoderarse de los contenidos de su cuerpo. El varón desea entonces poder tener niños como su madre (deseo todavía incrementado por los celos hacia los futuros hermanos y hermanas que él supone estar en el cuerpo de su madre). El monto de pulsiones sádicas mezcladas con esta identificación femenina con la madre determina la relación futura del varón con la mujer. Si son demasiado intensas, sentirá luego a la mujer como objeto de odio y rivalidad, y ella se volverá peligrosa para él (de donde dificultades múltiples en la vida genital). Si al contrario la identificación con la madre se fundamenta sobre una posición genital más segura, esta identificación será un factor positivo en el establecimiento que una relación harmoniosa con la mujer y en las sublimaciones. Recién entre los tres y los cinco años, el varón, en parte a causa e las ansiedades experimentadas en la fase femenina, vuelve a la identificación con el padre y al complejo de Edipo con su estructura clásica.

En la niña, como en el varón, son las frustraciones experimentadas en la relación con la madre que ocasionan el vuelco hacia el padre. Las finalidades orales receptoras se mezclan con las finalidades edípicas, y la identificación con la madre resulta directamente de las pulsiones edípicas. Por este motivo, mayor habrá sido la cantidad de sadismo en la relación primitiva de la niña con la madre, más cargada de culpa será su relación con su padre, y más dificultosa será su relación con los hombres. Todas las dificultades en la mujer, de aceptar como positivo el papel femenino en la relación genital y la maternidad, se fundamentan sobre las fantasías primitivas de destruir el cuerpo de la madre con las pulsiones orales y anales, con el temor retaliativo de ser objeto de los mismos ataques de parte de la madre, es decir el temor de ser destruida orgánicamente por la madre internalizada.

La envidia del pene es la consecuencia de esta relación perturbada con la madre. Asimismo la crueldad del superyo en la mujer proviene de la dificultad en superar los aspectos sádicos de la imago materna. Ellos también constituyen la base del complejo de castración, tanto en la mujer como en el hombre.

WILLY BARANGER.

KLEIN (Melanie). — “The (Edipus Complex in the Light of Early Anxieties”. (El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas). “Contributions to Psycho - Analysis”. Pag. 338-390. The Hogarth Press, Londres 1948. Traducido en “Revista de Psicoanálisis”, Buenos Aires. Tomo 8. N° 4. 1953.

Muestra la relación entre las ansiedades típicas primitivas y complejo de Edipo, integrando la posición depresiva infantil. Destaca sus observaciones e ideas comparándolas con las de Freud respecto al complejo de Edipo. Como base para fundamentar sus ideas muestra el material analítico de dos casos, considerando con Freud, que “la patología, mediante el aislamiento y la exageración nos ha ayudado siempre a hacer reconocibles cosas que normalmente hubiesen quedado ocultas”. De ahí que en la última parte del capítulo desarrolle su pensamiento respecto al curso normal del complejo de Edipo en el varón y en la niña.

Los ejemplos que trae son los de un niño de 10 años y el de una niña de dos años y 9 meses (el caso de Rita que ya conocíamos en algunos aspectos descritos en “Psicoanálisis de los niños”. 1932). A pesar de la diferencia entre ambos casos, hay rasgos comunes: fuertes impulsos oralsádicos, la ansiedad, la culpabilidad excesivas y la poca capacidad del yo para tolerar cualquier clase de tensión. Esas condiciones junto a factores externos

dificultan al yo la elaboración de las ansiedades tempranas, y con ello el desarrollo libidinal y del yo, con tendencia a regresar a estadios tempranos del desarrollo libidinoso, dificultándose la elaboración del complejo de Edipo y el establecimiento de la posición genital.

Considera en el principio de la vida la libido está combinada con agresividad y que el desarrollo de la libido está afectado por la ansiedad que surge de esa agresividad. Normalmente la ansiedad, la culpa y los sentimientos depresivos impulsan a fuentes de gratificación nuevas, pero en otras oportunidades frenan ese desarrollo fijándose en objetos y con finalidades normalmente superadas.

Sitúa el comienzo del complejo de Edipo en el primer año de vida, con características similares en su iniciación en ambos sexos y sus características dependen de la relación con el pecho materno. Si la relación con el pecho es satisfactoria, eso permite a la libido progresar en la búsqueda de nuevos objetos, especialmente el pene del padre, pero también la insatisfacción que pudo haber tenido en la relación con el pecho empuja la nueva búsqueda, ya que la frustración es inevitable en cierta medida dados los deseos de satisfacción ilimitada que anhela el niño. Por tanto, no sólo el pecho sino también el pene son objetos de los deseos orales del niño.

La frustración recibida del pecho como también la satisfacción llevan al niño a disociar, idealizando el pecho y la madre buena y a odiar y temer al pecho y a la madre malos, que constituyen el prototipo de los objetos perseguidores. Este esquema de reacción se repite con el pene, el desengaño que sufre con el nuevo objeto lo hace volver al primer objeto (el pecho). Las agresiones contra ambos objetos frustradores (que son algo aunque objetos parciales, ya que “desde el comienzo el niño asocia estos objetos parciales con su padre y su madre”), hace que tema ser víctima de retaliación por parte de ellos, vistos como figura “dañadas y vengativas”. Por lo que incrementa su deseo de un objeto, ideal perfecto, para recibir de él auxilio y seguridad.

Cada objeto entonces fluctúa en bueno y malo. Introyecta sus objetos, las imagos del pecho y el pene se establecen en su yo y forman el núcleo del superyo. A la introyección de las imagos buenas corresponde la introyección de las imagos malas, como elementos por tanto protectores y perseguidores internos. En cuanto proyecta esas imágenes en el mundo externo condiciona la actitud; ambivalente del niño con sus padres externos cuyo comportamiento puede influir en esta interacción constante de mundo externo e interno, reforzando un aspecto u otro la situación y en última instancia del superyo. Por tanto el desarrollo del complejo de Edipo “está íntimamente ligado al desarrollo del superyo”.

Los deseos genitales tempranos, se unen a los impulsos orales aunque están cargados de libido uretral y anal, y son dirigidos a los padres. Supone que hay en ambos sexos un conocimiento inconsciente de la existencia del pene y de la vagina. En el varón las sensaciones genitales son la base para suponer la existencia del pene del padre, que desea para sí por la libido oral, como también lo lleva a la búsqueda de un objeto donde introducir su pene, impulso de penetración que dirige a la madre. Paralelamente en la niña, sus sensaciones la llevan a desear ser penetrada y llenada por el pene del padre constituyen la raíz de los estadios tempranos del complejo de Edipo positivo en la-niña e invertido en el varón.

Al mismo tiempo la influencia que tiene la agresividad en el desarrollo de la libido lleva al niño a temer la pérdida de sus objetos queridos: núcleo de los sentimientos depresivos que intervienen en sus relaciones objétales y en el Complejo de Edipo. La necesidad de reparar que experimenta, lo lleva a deshacer lo realizado por las fantasías sádicas: “las fantasías de reparación representan a menudo, aún en los detalles mínimos lo contrario de las fantasías sádicas, correspondiendo al sentimiento de omnipotencia sádica el sentimiento de omnipotencia reparadora”. Los medios que tuvo a su alcance para atacar: heces y orina, por ej. se vuelven bajo el influjo de la libido en

instrumentos de reparación: heces orina buenos que el niño regala. También el pene, de objeto destructivo v dañino, se convierte en instrumento de restauración. Los sentimientos de reparación impulsados por la culpa, estimulan el desarrollo libidinoso, pero también si la agresión es muy intensa, los impulsos libidinosos son vividos también como peligrosos y son reprimidos.

En el desarrollo edípico del varón, aún manteniendo el pecho como objeto se orienta hacia el pene del padre — posición femenina del varón— como objeto de gratificación y de hacer niños. Es la condición previa para el desarrollo del Edipo positivo, porque sólo en la medida en que vive el pene — tanto el del padre como el suyo propio — como objeto “bueno y creador”, puede permitirse experimentar deseos genitales hacia la madre. Como también en la medida en que confía en el “padre bueno” puede enfrentar su odio y rivalidad edípicos. Se desarrollan así tendencias edípicas positivas y negativas en íntima relación. Los temores de castración se activan tan pronto siente impulsos genitales, el sadismo oral se orienta hacia el pene del padre con fantasías de morderlo y destruirlo, secundariamente que su pene sea mordido y destruido por su padre. Esos temores son relacionados también al interior de su cuerpo, por parte de la madre, del padre o de ambos, como retalión, por las fantasías anteriores de ataque al interior del cuerpo de la madre, así como del pene del padre. Esa persecución interna implica una persecución a su pene, que teme que pueda ser mutilado, envenenado o devorado desde dentro, como también todos sus objetos buenos internos: heces y orina buenos, niños que desea tener en la posición femenina, y que también desea hacer en la posición masculina, corren riesgo. La fantasía de tales ataques llevan al niño a temer estar lleno de objetos malos, cree menos en te capacidad reparadora de su pene, el coito con la madre sería destructor y peligroso. Lo contrario si siente poseer el pecho y el Pene buenos, con los cuales enfrentar su temor de castración y establecer su posición genital, como

condición para una potencia sublimada que se evidencia en los intereses y actividades del niño, como también en la futura potencia genital.

En la niña la naturaleza receptiva de sus genitales la impulsa en el deseo de tener el pene del padre, como también “un conocimiento inconsciente de que su cuerpo contiene niños en potencia, incrementan el deseo, y la admiración por el pene”. Esta relación es influida por la relación con el pecho bueno y gratificador. La ansiedad está referida a dudas respecto a su capacidad para tener niños, inconscientemente para ella la madre está dotada de poderes mágicos, porque tiene el pecho, el pene del padre y los niños.

La ansiedad respecto a su fertilidad está basada en el temor a estar dañada como talión por sus fantasías de robar el pene y los niños del interior de su madre. Fantasías de estar destruida por una madre vengativa interna y externa. Esta es la ansiedad predominante en la niña. Esta ansiedad puede llevarla al deseo, de ser varón y tener un pene, que encubre la ansiedad y la culpa, experimentadas en la posición edípica positiva.

Dada la importancia que tiene el mundo interior para la niña, eso contribuye a intensificar sus procesos introspectivos, de acuerdo además con su naturaleza receptiva, con objetos buenos. El pene del padre así, forma parte importante en su superyó, pene infernalizado con el que se identifica en la posición masculina y también en la femenina, en ésta por los deseos de tener niños y satisface)’ sus deseos; en aquella desea imitar al padre y las sublimaciones masculinas.

En el superyó de la niña coexisten el padre bueno con el malo y castrador, pero el mayor temor está referido a la madre. Si puede internalizar una buena madre refuerza sus defensas contra las ansiedades arriba descritas. Termina su capítulo comparando sus ideas a las expresadas por Freud, señalando sus puntos de contacto y de discordancia.

JUAN PEREIRA ANAVITARTE